



Pobres y bienaventurados

Pedro Labra
Periodista y crítico

DE 1694

Q21-Q22

Cuando estrena uno de sus montajes, Andrés Pérez no cumple solamente la función de director. Aplicando la nomenclatura del cine, se desempeña a la manera de un realizador teatral: trabaja sobre proyectos propios y, al concretarlos en el escenario, mantiene un fuerte control sobre distintos aspectos de la obra (texto, producción, etc.). Así impone al resultado un sello y un estilo propios y convierte al esfuerzo en un vehículo de expresión para sus personales exploraciones formales y constantes temáticas.

La columna vertebral más clara hasta el momento en la creación teatral de Pérez parece ser que en sus montajes intenta articular una celebración popular de la chilenidad. Nos invita a reconocer y compartir distintos aspectos de nuestra identidad —que se hayan por diferentes razones desperdigados, perdidos o subvalorados— para que podamos reencontrarnos con ese reflejo, con esa imagen cada vez más desvalida de nosotros mismos. Lo más probable, por cierto, es que no se trate de un plan deliberado sino de una intuición, una pulsión artística.

La negra Ester hizo el rescate de un Chile primigenio previo al divisionismo y la tragedia colectiva: de un pasado reciente —ideal, bohemio y guachaco— en el que el amor y la solidaridad eran posibles. Se dio en el momento justo para transformarse en un fenómeno teatral y social, al interpretar la necesidad de fe en sí misma que requería la comunidad. Tras el interludio con los dos Shakespeare, *Allende 1970* quiso reconstruir la memoria de esa crisis histórica, un intento fallido y precipitado, antes de que el tiempo distanciara la

pasión y el dolor. Luego *Popol Vuh* tuvo una perspectiva más indocamericanista referida a los orígenes míticos y prehispánicos de la identidad continental.

En 1995, Andrés Pérez dio no uno sino dos espectáculos de gran envergadura (como acostumbra), continuación directa de la línea de trabajo de *La negra Ester*, ambos trabajados paralelamente y estrenados casi al mismo tiempo. Uno, *El desquite*, organiza un vasto y variado fresco sobre la vida campesina hace medio siglo o más, una fiesta teatral para compartir el folklore rural y los modos culturales del Chile agrario en un pasado inmediato. El otro, *La consagración de la pobreza*, explora la cultura de la pobreza en nuestro país a partir de un texto monumental del poeta Alfonso Alcalde y nos invita a maravillarnos de la prodigiosa e inagotable fe en la vida de los pobres. El doble alarde de creatividad de Pérez, un talento de riqueza desbordada, le valió el premio de los Críticos de Arte como lo mejor de la temporada teatral.

Fiesta barroca

Fundamental es en Andrés Pérez la idea de que sus espectáculos son fiestas populares: los ejecutantes estimulan al público desde el escenario a unirse a la diversión, a participar en un rito que exterioriza colectivamente la alegría de vivir. Siguiendo los postulados de Arianne Mnouchkine, con quien Pérez trabajó larga y exitosamente en París, sus obras —que nunca duran menos de tres horas— exigen que el espectador haga un alto en el agitado tráfigo de todos los días. Por lo

AUTORÍA

Labra Araya, Pedro

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pobres y bienaventurados [artículo] Pedro Labra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile